
Hablar con Jesús

**ORAR CON...
LA CONVERSIÓN
DE SAULO DE TARSO**

**Un fariseo frente al resplandor
de la verdad**

Cristina González Alba

2ª edición

DESCLÉE DE BROUWER

Índice

1. Decapitado...
Pero con la cabeza bien alta 7
2. Del señor es la Tierra y todo
lo que la llena 13
3. A los pies de Gamaliel 19
4. Un movimiento revolucionario 25
5. El primer hecho de los apóstoles 33
6. Sin nada que hacer... 39
7. Cansados de vivir 45
8. El don de la palabra 51

9. Pedro y Pablo, “en rodaje”	59
10. Si no somos de Dios... ..	63
11. Saulo <i>Stabat</i>	67
12. En el cielo daremos las gracias	75
13. La humildad de la conversión	83
14. Los cristianos, hoy	93

1

Decapitado... pero con la cabeza bien alta

Saulo nació en Tarso de Cilicia y fue discípulo del maestro Gamaliel. Fue educado en el fariseísmo. Para él el cristianismo era una secta maligna, ya que la enseñanza de Jesús de Nazareth ponía en peligro el cumplimiento de esa ley rígida e inflexible del fariseo, y su carácter fuerte y vehemente le llevó a perseguir a los cristianos.

Aparece por primera vez en los hechos de los apóstoles, en el momento en que Esteban es lapidado. Él es el joven que sostiene las túnicas de los que lo apedrean.

Yendo un día de Jerusalén a Damasco, cae del caballo por el resplandor de una luz y escucha una voz que le dice: “*Saulo, Saulo ¿por qué me persigues?*”.

Saulo le pregunta quién es, y la voz le responde: *“soy Jesús de Nazareth, a quien tú persigues”*.

Después de este acontecimiento se convierte al cristianismo. Se empapa del mensaje de Jesús, y pone toda su fuerza y su vehemencia en predicar el evangelio. Realiza tres grandes viajes por el Mediterráneo, donde sufre serias penalidades y llega hasta la propia capital de la cultura antigua, Atenas.

Pasa numerosos peligros, funda diversas comunidades y se comunica con ellas a través de cartas que se incluyen en el Nuevo Testamento de la Biblia. Él es el apóstol que lleva el anuncio evangélico a los paganos. Es perseguido y apresado por el Sanedrín, y por ese motivo termina sus días en Roma, ya que pide ser juzgado como ciudadano romano.

Es decapitado en el año 67.

Pedro y Pablo, son las columnas de la Iglesia universal. No podemos dejar de hacer referencia a Pedro cuando hablamos de Pablo. Para entender a Pablo hay que conocer su época, el momento histórico en el que vive, precisamente los primerísimos años de la Iglesia.

Pablo ya “anda por ahí cerca” cuando los apóstoles reciben el Espíritu Santo el día de Pentecostés, y es testigo de los primeros prodigios, persecuciones y expansión de los cristianos.

Sin ubicarlo en su época es imposible entenderlo.

Tan unida está su historia y su predicación a la de Pedro que es imposible separarlos. Por eso la Iglesia celebra su festividad el mismo día. Y nosotros, los cristianos del mundo, debemos a la audacia de Pablo y Pedro, junto a la de muchos otros cristianos más, la fe que profesamos. “*El apóstol de las gentes, particularmente comprometido a llevar la Buena Noticia a todos los pueblos, se entregó totalmente por la unidad y la concordia de todos los cristianos*”, nos recuerda el Papa Benedicto XVI.

Es por eso que el Papa, a los 2.000 años del nacimiento de San Pablo, nos convoca a reflexionar sobre su vida y su mensaje. Nos pide publicaciones, reuniones de estudio y meditación, peregrinaciones, oraciones y todo tipo de iniciativas que nos acerquen más a Dios a través del mensaje de este santo. Se trata de que su palabra, sus cartas y su anuncio

“vuelvan a dar la vuelta al mundo”, como en aquellos tiempos.

Y quién sabe... hasta es posible que las comunidades cristianas de ahora seamos capaces de unirnos a la espera de la llegada de alguna de sus cartas, para leerlas juntos, para recordar el tiempo ese en que *su presencia real* estaba entre nosotros. Porque... ¿quién no se ha sentido, en algún momento de su vida, parte de esos primeros cristianos, destinatario de esos consejos de Pablo, de su cariño y de su enseñanza? ¿Quién no se ha sentido nunca atravesado por esa espada de doble filo que es la palabra viva y apasionada del apóstol? ¿Quién no ha cerrado a veces el Evangelio, enfadado por la aparente intolerancia de los consejos del apóstol, pero tocado por su pasión por Cristo? ¿Qué mujer, yo la primera, no se ha molestado al escuchar su estilo machista al hablar del sometimiento de las mujeres a sus maridos?...

Sin embargo, sabemos que es un santo, un santo apasionado y único, un mártir de la Iglesia, un hombre cuya valentía, vehemencia y agresividad convierte Dios en instrumento de apostolado.

Pablo es el santo más humilde del mundo, porque sabe rectificar delante de todos, porque sabe pedir perdón y liderar desde la entrega, porque tiene autoridad cuando es necesario, y llora como un niño cuando se emociona. Porque es transparente y no se esconde. Porque es tierno y firme a la vez, y sobrevive a tempestades y naufragios, pero sufre como un niño cuando un amigo le falla. Pablo nos muestra tanto su debilidad como su entrega, su intolerancia primera con los cristianos como su aceptación del martirio en el momento en que Dios se lo pide.

A Pablo lo decapitan, pero murió con la cabeza bien alta, salvando su dignidad de ser humano, ciudadano romano, judío, cristiano e hijo de Dios.

...

“Que él nos guíe y proteja en esta celebración de los dos mil años, ayudándonos a avanzar en la búsqueda humilde y sincera en la plena unidad de todos los miembros del Cuerpo místico de Cristo” (Benedicto XVI).